



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo X. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señoira Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.



LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aqui al término y raya

de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentirosos: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosiguiendo su historia dice, que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion para que pudiese esperar por ella felicisimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, respondió don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della como te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos esteriore que muestran cuando de sus amores se trata, son certisimos correos

que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazón quebranta mala ventura (1), y que donde no hay tocinos no hay estacas (2), y también se dice, donde no se piensa salta la liebre (3): dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados, déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: sepamos ahora, Sancho hermano, adonde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adonde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y ha de comer al que há sed, y de beber al que há hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamas (4). ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo, no mereceis culpa, non* (5). No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cósquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oste puto, allá darás rayo (6). no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga,

(1) Refran que exorta á no descaecer en los infortunios, porque con el ánimo se hacen mas tolerables, y aun suelen enmendarse ó evitarse en la desgracia. — D. A.

(2) Refran que advierte cuanto se engañan algunos creyendo que otros tienen grandes facultades, cuando carecen de lo necesario. — D. A.

(3) Refran, con que se da á entender el suceso repentino de las cosas que menos se esperaban. — D. A.

(4) Sancho dijo en el capítulo XXV de la primera parte que *conocia bien* á la hija de Lorenzo Corchuelo, á las Dulcinea.

(5) Estos versos son de un antiguo romance de Bernardo del Carpio, repetidos despues en otros muchos romances y han llegado á ser muy populares.

(6) Oste puto, aparta, no te acerques, quitate. — *Allá darás rayo*: refran que denota la indiferencia con que el amor propio mira los males ajenos. — D. A. — Oste, lo mismo que *guarda, guárdate de eso*. *Allá darás rayo, en cas de Tamayo*, es un adagio en forma de imprecacion y maldicion. Los poetas se servian de él para estribillo de sus letrillas, como lo hizo D. Luis de Góngora con lo iv de sus *burlas*. — P.

pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice : dime con quien andas, decirte hé quien eres; y el otro de : no con quien naces, sino con quien paces (1). Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se parecia cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito (2), venga lo que viniere: quizá con esta porfia acabaré con él (3) que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuan mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballeria de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo.

En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor don Quijote, y hallole suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vió le dijo: ¿qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este día con piedra blanca ó con negra? (4) Mejor verá respondió Sancho que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, por que le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó don Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor y venga y verá venir á la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorecas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos (5); los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento, y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió San-

(1) Refran que enseña que el trato y comunicacion hace mas que la crianza y linaje en orden á las costumbres. — D. A.

(2) Metáfora tomada del juego de este nombre, el cual se ejecuta fijando en la tierra un clavo ó palo, que se llama hito, y tirando á él con herrones ó tejos; el que mas cerca del clavo pone su tejo, ese gana. — Arr.

(3) Alcanzaré, conseguiré.

(4) Alude á la costumbre que tenian los antiguos de marcar con piedra blanca el buen día, ó el en que les sucedia algun fausto y próspero suceso como se ve por los siguientes ejemplos: *O diem latum, notandumque mihi candidissimo calculo!* (Plin., cap. VI, L. II). *Quo lapide illa diem candidione notet!* (Cattull. LXVIII, 147). — MARTINEZ DEL ROMERO.

(5) Llamábanse *altos* las guarniciones ó bordados de oro que se sobreponian en la tela de brocado. Por lo comun eran tres: el primero se llama *fondon*, el segundo *la labor*, el tercero *el escarchado*, que se formaba de unos como anillejos pequeños, segun dice Covarrubias en su Tesoro. *Brocado de mas de diez altos es ponderacion de Sancho.* — P.

cho de cananeas á hacaneas (1); pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Como fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dijo don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Vive el señor que me pele esas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo don Quijote, que es tanta verdad que son borricos ó borricas, como yo soy don Quijote, y tú Sancho Panza: á lo menos á mi tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile (2) esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras é incando ambas rodillas en el suelo, dijo: reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y el asendereado (3) caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el caballero de la Triste Figura*.

A esta sazón ya se habia puesto don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: apártense nora en tal (4) del camino, y déjenos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: oh princesa y señora universal del Toboso, como vuestro magnánimo corazón no se entenece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo: mas ¿qué te estrego (5) burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las

(1) *Hacaneas* eran, según Covarrubias, las hacas traídas á España de las islas septentrionales, especialmente de Inglaterra. Llaman así á los caballos mas preciados, ó caballerías de damas ó de príncipes. *Hacanea remendada* es la que hoy se llama *jaca pia*, ó que tiene manchada la piel de varios colores. — Arr.

(2) Esto es, límpiese y abra bien esos ojos para ver claro: metáfora tomada de la luz, con quien se comparan aquí los ojos, y á la cual para que aclare ó luzca mas se la despavita, cortándole el pávilo ó meha. — Arr.

(3) El fatigado y raído de andar por sendas y caminos. — P.

(4) Lo mismo que *enhoramala*.

(5) Covarrubias dice que se aplica este proverbio á los que haciéndoles bien, y tratando de su negocio propio, son mal sufridos, y se enojan del mismo bien que se les hace. — Arr. — De este género de pullas usa Celestina para burlarse de Pandulfo que la queria pegar un petardo: *como pensaba el asno necio de meter pieza: ¿qué te estrego, asna coja: mas habias de haber madruzado*. Segunda comedia de Celestina, ó su *Resurrección*, por Feliciano de Silva, escena 39. Y levina, criada de la vieja Dolosina, dice contra el rufian

aldeanas, como si aqui no supiésemos echar pullas como ellos : vayan su camino, y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos (1). Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejola ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un agujijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del agujijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera



que dió con la señora Dulcinea en tierra : lo cual visto por don Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras tomó una corridica, y

Escalio: *jo que te estrego; por mi vida que le solteis el freno, y escopirá, ó le asgais de la barba, y deciros há mil gracias... ya los diablos le besen que no tienen mocos* (Selvagía: comedia de Alonso de Villegas Selbago, fol 57). — P.

(1) Resquebrajos, término rústico, lo mismo que requiebros. — Arr.

puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho : vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro cordobes ó mejicano : el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento : y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de mas de media legua.

Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho le dijo : Sancho, ¿ que te parece, cuan mal quisto soy de encantadores ? Y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna : y has tambien de advertid, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores : porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea ( segun tu dices, que á mí me pareció borrica ) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma.

¡ Oh canalla ! gritó á esta sazón Sancho : ¡ oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quien os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha ! (1) Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purisimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en malas sin que le tocáredes en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de mas de un palmo. A ese lunar, dijo don Quijote, segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo (2), ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro ; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada ; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿ aquella que á mí me pareció albarda, que tu aderezaste, era silla rasa ó sillón ? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino segun es de rica. ¡ Y que no vieses yo todo eso, Sancho ! dijo don Quijote : ahora torno á decir y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Final-

(1) *Lercha* es en la Mancha y en algunas otras partes la pluma ó junquillo con que los cazadores y pescadores ensartan las aves muertas, ó los peces, atravesándolas por la nariz, por el oído, ó por las agallas. De aquí se infiere cuan infundadamente se ha sustituido en alguna edicion la palabra *percha*, pues en ninguna clase de *perchas* con que se caza aves ó pescan peces, son ó quedan estas ensartadas. — A. — Pellicer opina que debe decirse *percha* por ser el instrumento que sirve para colgar pescados y ponerlos á secar, y de donde se dijo en Málaga el barrio del *perchel*.

(2) Así debía de creerse en tiempo de Cervantes. Los fisionómicos, dice Covarrubias (hablando de los lunares), juzgan de estos lunares, *os que estan en el rostro*, dándoles correspondencia á las demas partes del cuerpo. — Arr.







mente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad (1) cada año suelen hacerse, pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

(1) Cervantes queria en efecto llevar á su héroe á las justas de Zaragoza, pero cuando vió que su ruin plagiario Avellaneda le habia hecho asistir á ellas, mudó de parecer como se verá en el capitulo LIX.

—VIARDOT.

CAPITULO XI

